



Oficinas: Núñez de Arce, 12.

TOLEDO

Revista semanal de Arte.

ARTE E HISTORIA

El palacio del Rey D. Pedro I.

En pocas ocasiones hemos tomado la pluma con impresión más dolorosa que en ésta, pues nos obliga a pedir auxilio a los artistas, historiófilos y arqueólogos en la tarea de rogar al Ayuntamiento de Toledo vuelva sobre un acuerdo que ha de herir profundamente a cuantos aman esta ciudad, que es amar el arte, el antiguo esplendor y las glorias de pasadas edades.

Así como Barcelona es notable por el movimiento industrial y su vida moderna, Madrid por la política, Valencia por la feracidad del suelo y los jardines, Torrelaguna por haber visto Cisneros allí la primera luz, Toledo es notable, notabilísima, por su historia, que abarca la de toda España, por sus gloriosas tradiciones, sus poéticas leyendas y sus monumentos, códices de piedra que, ora por lo robusto de sus muros, ora por los primores de ornamentación, nos dan a conocer las distintas civilizaciones que aquí han dejado impresa su huella.

Quitar a los pueblos su carácter distintivo puede ser mejorarlos si las reformas los embellecen y dan buenas condiciones morales y materiales; en una palabra, cuando este carácter les distingue de los demás por incultos, por antihigiénicos, se cumple un deber reformando lo malo; pero borrar lo bello real para dar lugar a lo bello supuesto, es errar; pretender la modernización de lo que tiene su hermosura en ser antiguo, es atentar contra la estética.

Mil atropellos han sufrido en Toledo, el arte, la historia y la arqueología: unas

veces el fanatismo religioso destroza el anfiteatro romano y las sinagogas, otras la bárbara guerra incendia San Juan de los Reyes, otras el fútil pretexto de ensanchar el paso a coches y carros que en corto número entran por el Puente Alcántara, demuele los dos castillos que defendían la cuesta del Miradero y la subida a la puerta de Doce Cantos, y otras, en fin, la mal dirigida piedad embarduna de cal, yeso y colorines El Tránsito y la Iglesia de San Miguel (1888), y a todo esto, ni la Comisión de Monumentos, que debiera ser su paladín incansable, ni las Academias de San Fernando y de la Historia se preocupan con tales destrozos y profanaciones ni ponen empeño decidido en evitar que vaya desapareciendo la Toledo hermosa por buscar la Toledo fea, ridícula, pintarrajeada.

No deben hacerse ilusiones los que se llaman *hombres prácticos*; Toledo no puede ser jamás una ciudad a la moderna; ni las inveteradas y rancias costumbres, arraigadas como sus riscos, ni su idiosincrasia particular, ni el terreno en que se asienta le permiten otra importancia, otro carácter que los de museo arqueológico.

Quitad el aroma al jazmín, los colores a la dalia, y quedarán cuatro hojitas blancas o un puñado de insulsos cucuruchos. Pues bien; quitad a Toledo sus callejas coquetonamente tortuosas, sus desiguales aleros, que la luna agiganta con fantásticas proyecciones sobre los macizos muros; haced que desaparezcan los humilladeros, insensibles testigos de juramentos amorosos, riñas con corchetes y con esbirros del Santo Oficio; revocad con amarillos y rojos en espantoso contubernio sus graves mamposterías, y tendremos dentro de poco tiempo un poblachón

insignificante, del que huiría quien se siente subyugado por el culto al arte y hoy viene a admirarle, a aprender y a envidiar a quien encuentra vigorizada su fantasía y alentado su espíritu porque constantemente respira grandiosidad y belleza.

La importancia, la vida de Toledo, está en los restos de su pasada hegemonía, en sus monumentos, en sus ruinas venerandas, en sus callejas, en sus poéticas encrucijadas: el artista, el poeta, el historiador vienen por ellos; sin ellos, Toledo sería un insignificante rincón de España. Para evitar que llegue este caso hay que aconsejar, rogar, y quien pueda excitar al municipio para que conserve el aspecto de la ciudad con la misma solicitud que el hombre honrado emplea en mantener la honra de sus padres.

Nuestro acendrado amor a esta ciudad y a su historia nos lleva a escribir estas líneas en demanda de auxilio para pedir rendidamente al Ayuntamiento que no favorezca con el ejemplo el prurito de devastación que desde hace largo tiempo distingue a muchos toledanos, y en esta ocasión reforme el mal aconsejado acuerdo de demoler los restos del *Palacio del Rey Don Pedro I*; acuerdo lamentable, en el que, sin duda, ha presidido sana y noble intención, pero daría resultado doloroso.

Sea o no el edificio de que se trata, antigua morada del que enterró vivo al arcediano de San Gil, séalo o no, del decapitado tesorero Samuel Leví, es imposible negar el valor arqueológico, pues toda la fábrica, delata alarifes del segundo tercio del siglo XIV. El enorme y delicado alero formado por treinta y tres labrados canchillos que descansan en dos bien talladas carreras de pino, las dos esbeltas